

Asociacionismo productivo y empoderamiento de mujeres rurales: Madres multiactivas, socias y mujeres campesinas

*Economic and productive associations and empowerment
of women in rural areas: Multi-active mothers, productive
partners and country women*

GLORIA MIRYAM MORA GUERRERO
Universidad Católica de Temuco, Chile

MARÍA CECILIA FERNÁNDEZ DARRAZ
Universidad Católica de Temuco, Chile

SOFÍA VICTORIA ORTEGA OLIVETTI
Universidad Diego Portales, Chile

RECEPCIÓN 16/06/2016 • ACEPTACIÓN: 26/07/2016

RESUMEN En este artículo se presentan avances de una investigación en desarrollo que analiza las relaciones entre la participación de mujeres rurales en iniciativas productivas de tipo asociativo y sus posibles procesos de empoderamiento en contextos interculturales. En específico, se exploran los efectos que tienen este tipo de iniciativas en la vida de las mujeres rurales de la Región de la Araucanía, explorando si a partir de su participación colectiva se producen procesos de toma de conciencia respecto de la subordinación de género y si se promueven cambios que favorezcan relaciones más equitativas para las mujeres. Bajo el diseño de la *teoría fundamentada* con perspectiva construccionista, se realizaron diez registros de observaciones participantes y un taller de discusión con mujeres socias de un emprendimiento de tipo productivo. Las conclusiones muestran el empoderamiento

de las mujeres rurales como un proceso en el cual ellas pueden pasar por múltiples y paradójicos momentos tanto de desempoderamiento como de empoderamiento, los cuales coexisten, se suceden o se superponen entre sí.

PALABRAS CLAVE Mujeres rurales, roles de género, asociacionismo productivo, empoderamiento.

ABSTRACT This article presents the progress of a major research whose objective is to analyze the relationships between the participation of women in rural areas in associative economic and productive initiatives and their potential empowerment processes in intercultural contexts. Specifically, this work explores the processes of subordination awareness, transformation of gender roles and the construction of their positioning as social actors by participants of economic and productive associations from La Araucanía Region. Following the constructionist Grounded Theory perspective, ten notes of participant observations and a workshop of discussion were implemented with women associated with each other to develop this kind of enterprises. The conclusions show the empowerment of women in rural areas as a process in which they can go through multiple and paradoxical moments, both empowerment and disempowerment, which coexist, occur after one another or overlap.

KEYWORDS Rural women, gender roles, economic and productive associations, empowerment.

Introducción

En Chile, las políticas públicas de desarrollo rural, focalizadas en los agricultores o pequeños productores, se proponen transformar la economía familiar de subsistencia campesina en microempresas familiares rurales. Como consecuencia, han surgido nuevas unidades productivas de agroturismo, hospedajes o tours ecológicos (Viveros, 2010). Los programas de desarrollo agrícola fomentan el capital humano, social, productivo, natural y cultural de los pequeños productores agrícolas y campesinos, a quienes se procura acercar a programas de financiamiento y conectar con mercados regionales, nacionales e internacionales (Instituto de Desarrollo Agropecuario, 2015).

Los programas de desarrollo rural consideraron primero al hombre campesino como beneficiario. No obstante, en las últimas décadas las políticas

públicas han incorporado a las mujeres (Wilson y Valdés, 2013), quienes han ingresado al mercado laboral principalmente como temporeras, microempresarias o trabajadoras en la rama silvoagropecuaria (FawazYissi y Soto Villagrán, 2012; Valdés, 2013). En este marco, los programas y políticas dirigidos a ellas, además de generar canales para su desarrollo económico, deben considerar las limitaciones sistemáticas que experimentan las mujeres para actuar sobre todo en la vida pública (Cruz, 2009; Castilla, 2012). Así, detrás de estas políticas prevalecen las nociones del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, según las cuales el empoderamiento económico de las mujeres promueve la ampliación de sus capacidades en otras dimensiones, entre ellas, en la equidad de género (Riaño Marín y Okali, 2008).

A pesar de lo anterior, el estado del arte no ha sido concluyente respecto de los efectos del empoderamiento económico de las mujeres en el logro de la equidad de género. Por un lado, las mujeres rurales que se integran a través de las políticas públicas a redes más amplias, se descubren a sí mismas como actrices y generadoras de proyectos productivos y sociales (Soto Villagrán, FawazYissi y Vallejos, 2013; Cruz, 2009; FawazYissi y Soto Villagrán, 2012). Por otro lado, prevalece un escenario propio de la «nueva ruralidad», en el cual las participantes de programas de empoderamiento económico tienden a transformar sus roles de género tradicionales, pero a la vez los reeditan, generándose situaciones donde coexisten el empoderamiento personal y la subordinación en tanto mujeres (FawazYissi y Soto Villagrán, 2012).

Aunado a lo anterior, las relaciones entre empoderamiento económico y el logro de la equidad de género o, en su caso, la continuidad de la subordinación, se complejizan en contextos interculturales, como es el caso de la Región de la Araucanía,¹ donde las políticas públicas se orientan tanto a mujeres indígenas, particularmente mapuche, como a mujeres no indígenas. Atendiendo a esto, el Instituto de Desarrollo Agropecuario (Indap)² promueve acciones de fomento productivo que recojan la cosmovisión, los valores y las prácticas cul-

1. Según la Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (2013), en la Región de La Araucanía el 30,5% de las mujeres habita en zonas rurales. Además, la población mapuche representa el 31,7% de la población total regional, concentrándose el 64,5% de ella en el sector rural. Del total de mujeres en La Araucanía, el 30,9% pertenece al pueblo mapuche y de ellas el 62,5% vive en sectores rurales.

2. El Indap es el organismo público encargado de promover el desarrollo económico, social y tecnológico de pequeños productores agrícolas y campesinos en Chile.

turales de las comunidades indígenas (Instituto de Desarrollo Agropecuario, 2014). En este contexto, la presente investigación explora si la participación en iniciativas productivas desarrolladas en contextos interculturales tiene efectos sobre la vida de las mujeres rurales, ya sea en el desempeño de sus roles en el ámbito privado o en el ámbito público y, si de ser así, si esto implica transformaciones que apunten al cuestionamiento de su subordinación como género y a la búsqueda de relaciones más equitativas. En específico, la investigación se pregunta si la participación de las mujeres en iniciativas productivas de tipo asociativo tiene efectos en sus vidas privadas y en su papel como actoras sociales, y si este tipo de participación favorece o no su toma de conciencia respecto a la subordinación que como género experimentan. La intención última es indagar en cuáles serían las implicancias de estos posibles efectos y toma de conciencia en relación a la transformación de la subordinación de género y el logro de relaciones más equitativas entre hombres y mujeres en contextos rurales e interculturales.

En este artículo se presenta un avance de resultados de esta investigación actualmente en desarrollo. Las participantes del estudio son integrantes de grupos de trabajo del Programa de Formación y Capacitación para Mujeres Campesinas implementado por la Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer (Prodemu) en convenio con el Indap, el cual promueve el desarrollo de actividades productivas por grupos de mujeres rurales, considerándose esto como una estrategia favorable para el logro de la equidad de género (Instituto de Desarrollo Agropecuario y Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer, 2016). Aquí se reportan los hallazgos de la primera etapa, en la cual se trabajó con grupos formados por mujeres provenientes de sectores rurales ubicados principalmente en las comunas de Villarrica y Loncoche en la Región de la Araucanía, siendo la mayoría de ellas no indígenas. La relevancia del estudio reside, a nivel teórico, en su potencial para situar la discusión de género en el contexto rural regional y, a nivel práctico, en su potencial impacto para aumentar la efectividad de las intervenciones de desarrollo rural dirigidas al empoderamiento económico de las mujeres y al logro de la equidad de género.

Relaciones de género y subordinación de las mujeres rurales

La posición subordinada de las mujeres ha sido evidenciada por los feministas desde la Ilustración hasta la actualidad. Desde distintos enfoques, se ha interpretado la desigualdad histórica sustentada en la diferencia sexual que ha

dominado prácticamente todas las sociedades. En otras palabras, las mujeres comparten una condición de subalternidad porque las sociedades patriarcales han definido el poder genéricamente (Lagarde, 1994).

Los estudios feministas desde la década de 1970 enfatizaron la distinción entre lo natural y lo cultural como marco explicativo que contrarresta los prejuicios asociados al determinismo biológico. Así, se asienta la idea de que la posición socialmente subordinada de las mujeres responde a un proceso de asignación de roles y no al sexo. Al respecto, Rubin (1986) definió el sistema sexo/género como un conjunto de disposiciones por las cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana. Para Montecino (2013) y Lamas (1986), el género es la construcción cultural de la diferencia sexual. Scott (2008), por su parte, define el género como un elemento constitutivo de relaciones sociales basadas en las diferencias entre los sexos, a la vez que es una forma primaria de relaciones significantes de poder. En suma, el género opera como un sistema de estratificación social, de carácter histórico y cultural que determina relaciones particulares entre hombres y mujeres, mediadas por el poder.

En el contexto latinoamericano se particularizan otras dinámicas de configuración de identidades. Así, se constituye un sujeto femenino influido desde la cultura, la política y la economía, pero también desde un aspecto constitutivo del continente: la colonialidad, cuyo rasgo común es la dominación desde la sujeción de la cultura (Estermann, 2014). Las teorías feministas poscoloniales rechazan el enfoque esencialista de una mujer universal que no considera otros factores de opresión. Por tal razón, el feminismo ha incorporado el enfoque interseccional que favorece el análisis del poder desde una perspectiva multidimensional, donde se entrecruzan categorías de desigualdad como la clase, la etnia, el género y la edad (Hoinle, Rothfuss y Gotto, 2013).

Respecto de lo anterior, Lombardo y Verloo (2010) distinguen entre interseccionalidad estructural e interseccionalidad política. Mientras la primera se refiere a las desventajas estructurales que viven las personas ubicadas en el punto de intersección entre varias desigualdades, la segunda alude a la importancia para las instituciones políticas de considerar distintos factores de desigualdad en la definición de estrategias de acción. Desde una perspectiva interseccional, entonces, las relaciones de género y las construcciones de poder explícito y simbólico se sustentan en la convergencia de múltiples identidades que profundizan la desigualdad. En el caso estudiado, se trata de la convergencia del género, la ruralidad y, para algunas de ellas, la etnicidad.

Las mujeres en la Nueva Ruralidad

En Latinoamérica, los movimientos feministas que emergieron desde fines del siglo XIX dieron cuenta de las relaciones de desigualdad y de subordinación que viven las mujeres. En un principio reivindicaron la igualdad legal y promovieron un discurso de rechazo a la dicotomía público/privado (Molyneux, 2003). Fue recién en 1985, durante el Tercer Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, que se pusieron de manifiesto las necesidades de otros grupos de mujeres, principalmente negras e indígenas (Espinosa, 2009).

La emergencia de nuevas demandas y actores sociales hizo que el campo y la ruralidad también ingresaran a los debates feministas. Durante los años setenta el campesino rural desconoció lo indígena; sin embargo, a fines de los ochenta comienza un proceso que Bengoa (2003: 85) denominó «el despertar de lo indio», dando paso a una recuperación de la cultura. Dicho proceso fue acompañado, en los noventa, de una creciente visibilización femenina en el mundo rural que derivó en la crítica sistemática a las relaciones machistas y patriarcales propias del campo (Bengoa, 2003). Dichas relaciones se enmarcan en la dominación masculina inherente al imaginario de la agricultura, en el cual el desempeño de la mujer, independientemente del trabajo que desarrolle, siempre será invisible (Deere y León, 2000).

Estos procesos dieron paso a importantes transformaciones que condujeron a repensar y a redefinir «lo rural». Desde una perspectiva tradicional que enfatizó las dicotomías rural/urbano, tradicional/moderno, agrícola/industrial, con las cuales se devalúa lo rural (Grajales y Concheiro, 2009), se avanzó hacia el enfoque de la Nueva Ruralidad. Esta nueva perspectiva instalada a comienzos de la década de los noventa, evidencia transformaciones asociadas al desarrollo de actividades fuera de la unidad productiva, a la interacción entre lo rural y lo urbano, a la migración y remesa para generar ingreso familiar, y a la flexibilización y feminización del trabajo (Kay, 2009). Además, este enfoque reconoce la emergencia de nuevos actores e identidades sociales (Osorio, 2011), apareciendo como visibles las mujeres campesinas, asalariadas agrícolas e indígenas (Wilson y Valdés, 2013).

El enfoque de la nueva ruralidad también muestra el aporte de las mujeres a las economías familiares y la feminización del mercado agrícola. El estudio de Namdar-Irani (2014) evidencia que las mujeres agrícolas rurales son esencialmente multiactivas, pues se pueden desempeñar de manera simultánea o sucesiva en diversas actividades según la época del año, la etapa del ciclo vital y

otras condicionantes familiares. Entre las mujeres rurales es posible encontrar distintas situaciones económicas y productivas, pues se constituyen en productoras en contextos de crisis, a la vez que desarrollan actividades no agrícolas y se insertan en mercados de trabajo flexibles y precarios (Valdés, 1988).

Por su parte, los cambios productivos y la emergencia de las mujeres como actoras relevantes en la economía rural, han generado procesos de transformación social y familiar y cambios en las relaciones de género (Osorio, 2011). La inclusión de las mujeres rurales en el mundo laboral se ha acompañado de mayor libertad personal, autonomía económica y nuevos circuitos de relaciones sociales (FawazYissi y Soto Villagrán, 2012; Soto Villagrán, FawazYissi y Vallejos, 2013). No obstante, con frecuencia las actividades laborales de las mujeres constituyen una extensión de su rol como «cuidadoras» del hogar, adquiriendo un sentido estrechamente vinculado con los aportes que ellas realizan a sus familias (FawazYissi y Soto Villagrán, 2012) y siendo los maridos quienes continúan otorgando a las mujeres el «permiso» para trabajar (Soto Villagrán, FawazYissi y Vallejos, 2013; Cruz, 2009). Esto pone en evidencia paradojas en la transformación de las relaciones de género en el contexto rural ya que, si bien se puede hablar de una mayor autonomía de las mujeres, aún subsisten las relaciones inequitativas de poder.

Finalmente, Calatrava (2002) plantea que los estudios de género han logrado una importancia significativa en las políticas de desarrollo rural. En el caso de Chile, la influencia de estos estudios se observa en la implementación de políticas y programas orientados a fortalecer la posición social de las mujeres rurales. Al respecto, el Plan de Igualdad de Oportunidades 2000-2010 planteó la necesidad de ampliar el acceso a la tierra y a los derechos de agua a mujeres rurales e indígenas, así como también favorecer su acceso a recursos financieros y a capacitación (Servicio Nacional de la Mujer, 2000). Por otra parte, se han adecuado instrumentos de fomento productivo, creado programas específicos para mujeres rurales, implementado iniciativas para regularizar los títulos de dominio de la propiedad (Ministerio de Bienes Nacionales), e incorporado modificaciones a las bases de los concursos del Fondo de Tierras y Aguas y de otros programas dirigidos a la población indígena (Conadi). No obstante las asimetrías en las relaciones de género en el ámbito productivo, estos avances abren una arista en el consenso que postula que la división básica de género implica para las mujeres la ocupación del ámbito privado y para los hombres la del ámbito público (Lamas, 1986; Amorós, 1995).

Mujeres rurales, políticas de Estado y empoderamiento

Las políticas de Estado han desarrollado distintas estrategias para abordar la desigualdad que viven las mujeres. A partir de 1950, las políticas de bienestar las vieron como actoras relevantes para el mejoramiento de las condiciones de vida de sus familias. En el contexto de las crisis económicas de la década de 1980 y del dominio del modelo neoliberal, las mujeres transitaron desde instrumentos de bienestar familiar a canales de desarrollo económico (Riaño Marín y Okali, 2008). En este marco, el enfoque Mujeres en el Desarrollo (MED), impulsado en la década de 1970, advirtió la exclusión de las mujeres en materia de recursos productivos a la vez que reconoció su rol en la economía. De esta manera, MED promovió la incorporación de las mujeres en las políticas de desarrollo, pero sin abordar el problema de las relaciones de poder entre ellas y los hombres (Riaño Marín y Okali, 2008). Así, a finales de la década de los setenta se comenzó a problematizar la especificidad y el carácter funcional con que se abordaba la situación de las mujeres, lo cual condujo a un cuestionamiento de las dinámicas de poder y subordinación que dio origen al enfoque de *género en el desarrollo*. Uno de los conceptos claves de éste fue el de empoderamiento como principal herramienta de las mujeres para conseguir poder por sí mismas, en forma individual o colectiva, mediante acciones participativas (León, 1996).

En este contexto, las asociaciones de mujeres se constituyeron en una estrategia que mostró efectos sobre su empoderamiento (Sánchez-Muros Lozano y Jiménez Rodrigo, 2013). El enfoque de empoderamiento se ha empleado por el Banco Mundial y las Naciones Unidas para avanzar en materia de equidad (Pick y otros, 2007). El Informe de Desarrollo Humano del 2006 estableció que es una herramienta para reducir la pobreza, en la medida en que la participación social es una dimensión del desarrollo humano (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2008). Del mismo modo, el empoderamiento de la mujer es parte de los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio (Naciones Unidas, 2015).

Pese a que el empoderamiento es un concepto de amplio uso, su interpretación suele ser ambigua (Pick y otros, 2007). Rowlands (1997) lo define como un conjunto de procesos centrados alrededor del núcleo de desarrollo de confianza, autoestima, sentido de la capacidad para generar acciones de cambio y de dignidad a nivel personal, colectivo y de relaciones cercanas. Para comprender los procesos de empoderamiento, Rowlands (1997) distingue cuatro

formas de poder: *poder sobre* o poder controlador, que tiene por efecto respuestas de sumisión o resistencia; *poder para*, que constituye un poder productivo de nuevas posibilidades y acciones; *poder con*, que implica un sentido de acción grupal, sobre todo cuando se abordan las problemáticas comunes; y, *poder del interior*, que refiere a la aceptación y el respeto personales a partir del cual se puede respetar al otro.

En base a las distinciones de poder planteadas por Rowlands (1997) y Hoinle, Rothfuss y Gotto (2013), se describe el empoderamiento como un proceso que rompe la condición inicial de desempoderamiento, a partir de la concientización, concepto tomado de Paulo Freire que alude a la toma de una conciencia crítica para analizar las causas de la exclusión y desarrollar capacidades para cambiarlas en conjunto; esto es equiparable al ejercicio del *poder del interior* propuesto por Rowlands. A partir de este momento, la identificación con otras personas que comparten la misma situación va construyendo capital social, lo que resulta en formas de *poder con*. El siguiente momento aludiría a los procesos por los cuales los grupos desarrollan un proyecto colectivo (*poder para*) con el objetivo de mejorar sus condiciones de vida e iniciar transformaciones de las relaciones de opresión (*poder sobre*). Este camino no es unidireccional, sino que varía según el contexto. Siguiendo estos lineamientos, el estudio exploró potenciales procesos de cuestionamiento a la subordinación de género que tuvieran por efecto un empoderamiento de las mujeres rurales en pro de una mayor equidad en sus relaciones.

Metodología

Siguiendo a Charmaz (2006), se optó por la *teoría fundamentada* con enfoque constructivista como estrategia de investigación, lo que orientó el estudio a la generación de un modelo conceptual sobre las relaciones entre la participación en iniciativas productivas y los desafíos planteados por las mujeres rurales a la subordinación que como género experimentan. Se trata de un estudio en proceso, cuyos primeros datos fueron producidos entre octubre y diciembre de 2015.

Las participantes fueron beneficiarias del Programa de Formación y Capacitación para Mujeres Campesinas, el cual las capacita para desarrollar una actividad productiva agropecuaria, de turismo rural, agroindustria o artesanías por medio de su asociación en grupos entre cinco y quince mujeres (Instituto de Desarrollo Agropecuario y Fundación para la Promoción y Desarrollo de

la Mujer, 2016). El presente artículo reporta los hallazgos obtenidos del muestreo inicial que, según Charmaz (2006), debe orientarse a la identificación de sujetos de estudio a partir de los cuales se explore en un primer momento la problemática y se generen las primeras categorías. Aquí se reportan los hallazgos de esta etapa inicial, en la cual se trabajó con grupos formados mayormente por mujeres no indígenas y algunas mujeres mapuche, provenientes en su mayoría de sectores rurales de las comunas de Villarrica y Loncoche, si bien gran parte de ellas había residido previamente en ciudades e incluso trabajado como asalariadas.

Las técnicas de producción de la información fueron la observación participante y el taller de discusión.³ En relación a las observaciones participantes, de acuerdo a Dahlgren, Emmelin y Winkvist (2007), se realizaron tres observaciones iniciales durante las cuales el equipo investigador asistió a las reuniones de las presidentas y otras representantes de diversos grupos de trabajo con el propósito de obtener un panorama general de lo potencialmente observable. Además, siguiendo a Dahlgren, Emmelin y Winkvist (2007), se realizaron otras cuatro observaciones semiestructuradas durante las sesiones de capacitación de dos grupos de trabajo, las cuales se focalizaron en el estudio de las relaciones de género y en los procesos de toma de conciencia y cuestionamiento de la opresión de las participantes. La postura del equipo observador fue de *observador participante*, es decir, las participantes estudiadas eran conscientes de las acciones e intereses del equipo investigador, a la vez que éste estaba facultado para participar de las actividades (Dahlgren y otros, 2007). Posterior a cada observación, el equipo tomó sus notas de campo, analizándose un total de diez registros del total de observaciones realizadas ya que de dos de ellas se generó más de una nota por haber participado del trabajo dos o tres integrantes del equipo investigador.

En cuanto al taller de discusión, según Ghiso (1999), se trata de un dispositivo a partir del cual se recolecta y se analiza información con fines de construcción teórica en un proceso de investigación. Se optó por esta técnica porque, de acuerdo a este autor, el taller constituye un instrumento válido

3. Para el trabajo de campo, se contó con la psicóloga Jannet Melina Bravo Vázquez, y las estudiantes de la Carrera de Psicología de la Universidad Católica de Temuco Marisella Alejandra González González, Damariz Ariela Lara Castro, Daniela Lissette Melí Fernández y Tamara Belén Lavados Mora, a quienes la autora principal agradece enormemente su valiosa colaboración.

para el desarrollo de conocimientos de una manera participativa y pertinente a las necesidades y cultura de las participantes, lo que se estimó necesario para garantizar la viabilidad del estudio y la calidad de la información obtenida; esto, porque las mujeres rurales colaboran del proceso investigativo si se les da oportunidad de constituirse en actoras del mismo, según se apreció durante las observaciones participantes. Las actividades se planearon para explorar especialmente los posibles procesos de construcción de un posicionamiento colectivo como actoras sociales a partir de sus actividades asociativas. El taller fue grabado y transcrito en un momento posterior. Al taller asistieron un total de doce participantes.

Referente al manejo ético del equipo investigador frente a las participantes del estudio, se pidió a cada una de ellas que firmara un consentimiento informado en el cual se garantizaron sus derechos, entre ellos, la voluntariedad de la participación, el derecho a dejar de participar cuando así lo decidiera sin mediar explicación alguna, el derecho a la confidencialidad y el derecho a la información sobre la investigación. En este artículo se protege el anonimato de las participantes usando nombres falsos en los testimonios. Como reciprocidad, el equipo investigador se comprometió con las participantes a gestionar actividades de difusión de su emprendimiento en la Universidad Católica de Temuco, patrocinante de la investigación; a apoyar actividades similares organizadas por ellas y a estar disponible para evaluar la posibilidad de asumir la demanda de otros probables requerimientos. Adicionalmente, en agradecimiento a los equipos del Prodemu de la Región de la Araucanía por su apoyo para la realización de esta investigación, el equipo investigador les ha realizado dos capacitaciones profesionalizantes.

En cuanto al procesamiento de análisis de la información, éste se ajustó a la teoría fundamentada, según fue concebida por Strauss y Corbin (2002) y, posteriormente, retomada por Charmaz (2006) y Kelle (2005). Los dos últimos reelaboran el trabajo de Strauss y Corbin y proponen realizar desde una perspectiva constructivista la codificación inicial, la codificación selectiva y la codificación teórica de los datos. En términos de Kelle (2005), se trata de generar un modelo teórico ajustado a los datos empíricos y guiado a la vez por las teorías científicas de la disciplina. El procedimiento de análisis se realizó con el programa Open Code 4.02 (Umeå University, 2011) que permitió hacer un etiquetado de textos línea por línea.

Con el fin de velar por los criterios de científicidad de la investigación cualitativa, se consideraron los principios de consistencia interna, credibilidad y

transferibilidad. Para ello, se optó por una triangulación dentro de métodos lo que, siguiendo a Araneda Valdés (2006), implican combinar al menos dos modalidades de recolección de datos, orientadas al mismo objetivo y a la obtención de información para las mismas categorías de análisis, aunque cada técnica se focaliza en una dimensión diferente del fenómeno estudiado. En este caso, se potenció la exploración de las relaciones entre la iniciativa productiva y las transformaciones de las relaciones de género y los procesos de concientización de la opresión por medio de las observaciones participantes, mientras que las relaciones entre este tipo de iniciativas y los procesos de posicionamiento como actoras sociales se exploraron fundamentalmente a través del taller de discusión. Ambos sets de datos se codificaron por separado y luego se compararon como una manera de validar los hallazgos (Araneda Valdés, 2006).

En el siguiente apartado, se presentan los hallazgos de la fase inicial del estudio, a partir de dos ejes que organizan las categorías fundamentadas en los datos. En primer lugar, se muestra la condición de desempoderamiento que experimentan las mujeres rurales a partir de la intersección entre el género y la nueva ruralidad; y, en segundo lugar, el proceso de empoderamiento que experimentan durante su participación en la iniciativa productiva, que las lleva a posicionarse como actoras sociales, socias y mujeres campesinas, y a realizar cuestionamientos a las relaciones de poder entre los géneros.

Experimentando la intersección entre el género y la nueva ruralidad: el desempoderamiento de las mujeres rurales

La información producida da cuenta de tres categorías a partir de las cuales se comprende la posición de desempoderamiento en la cual se encuentran las mujeres estudiadas, las cuales son: emigrando como grupo familiar de la ciudad al campo; autodefiniéndose como madres y esposas multiactivas, categoría que se construye retomando el concepto de multiactividad propuesto por Namdar-Irani (2014); y controladas y sujetas a las normas de género tradicionales. A continuación se describe cada una de estas categorías que constituyen la base para entender los procesos de empoderamiento que son posibles para las mujeres rurales durante sus actividades productivas.

Emigrando como grupo familiar de la ciudad al campo

En su mayoría, las participantes del programa estudiado son mujeres que independientemente de si nacieron o no en el campo, emigraron a las zonas rurales de La Araucanía después de residir por prolongados períodos en alguna ciudad o pueblo de Chile. En sus relatos, ellas dan cuenta de una migración como grupo familiar donde con frecuencia es el marido quien toma la decisión de emigrar porque experimenta cansancio asociado a la vida urbana. Al respecto, refiere Javiera: «Vivíamos en el pueblo en realidad antes pero nos fuimos al campo para vivir más tranquilos y como a mi marido le gusta el campo así que para que esté tranquilo ya yo lo seguí».

Las mujeres «siguen» al marido motivadas por la oportunidad que representa la ruralidad para ofrecer calidad de vida a sus hijos e hijas, entendida ésta como una forma de vivir saludable, tranquila y autosustentable. Pocas participantes decidieron por sí mismas emigrar y, de hacerlo, fue también por la posibilidad de ofrecer una mejor vida a sus familias. Al respecto, dice Mónica: «[Vivir en el campo implica] una vida sana en todos los sentidos, o sea, una vida en la que se convive con la naturaleza, con la tierra, y que de lo que produce, una se puede alimentar».

Las mujeres reconocen que su residencia en el campo trajo restricciones en sus niveles de libertad. En la ciudad tenían más posibilidades de acción, especialmente para transportarse, trabajar y acceder a bienes y servicios. En el campo, por el contrario, las oportunidades de desarrollo laboral y de movilización espacial son restringidas, además de que las opciones de crecimiento personal son limitadas. Como dice Aurora: «En el pueblo hay más libertad para salir, para ir a la fiesta, para tener más amistades». No obstante, ninguna de las mujeres manifiesta interés por regresar a la ciudad, constituyendo un perfil similar al que Méndez Sastoque (2012, 36-37) llama como propio de los «neorrurales por atracción comparativa», es decir, de aquellas personas que optan por vivir en el campo como una salida al agotamiento que supone la vida citadina y como una búsqueda de cambios positivos en el modo de vida individual y familiar. En el caso de las participantes, lo que llama la atención es que la opción por esta nueva vida se fundamenta en la elección por la familia más que en la voluntad personal, sin que ellas cuestionen el modo en el que emigraron, «siguiendo» al marido.

Autodefiniéndose a partir de los roles de género tradicionales: madres y esposas multiactivas

Como anticipamos en el apartado anterior, la experiencia de vida en la ciudad y, eventualmente, las experiencias previas como trabajadoras asalariadas, no se traducen en un cuestionamiento a los roles de género tradicionales como madres y esposas. Por el contrario, las participantes se definen a sí mismas primordialmente como madres y, en segundo lugar, como esposas o parejas. Los roles de «socia» o «productora» cobran importancia en relación a las tareas de madre. Ser madre enorgullece a cada mujer ya que este papel implica un dominio sobre lo doméstico: son ellas quienes se ocupan de la crianza de los hijos y las hijas, los cuidados a las parejas u otros familiares, los quehaceres, el cuidado de los animales y la huerta y, en general, del funcionamiento de la producción familiar. Las necesidades del campo exigen que sean, en términos de Namdar-Irani (2014), multiactivas para llevar a cabo múltiples tareas durante el día. Al respecto, señala Mónica: «En el campo crío ovejas, crío chanchos, jabalí, crío chivos [...] Ahora empezamos con el huerto de las frutillas [...] [pero] lo mejor que me ha pasado en la vida ha sido ser mamá».

El desempeño del rol de madre es significado a partir de la fortaleza que cada una debe tener para cumplir con sus múltiples obligaciones. Las mujeres se consideran a sí mismas el sustento emocional de la familia y asumen la responsabilidad de transmitir a los hijos e hijas el gusto por la vida campesina. Al respecto, comenta Luci: «Yo como mamá me siento feliz porque quería que mi hija se criara acá y no en Santiago y me la traje justo cuando tenía ocho años. Igual fue un proceso difícil porque ella quería volver al mall».

No obstante el orgullo y la satisfacción que otorga el papel de madres multiactivas, en espacios de mayor intimidad se entrevé un malestar en las mujeres asociado a estar prácticamente confinadas al hogar. Su vida transcurre en el ámbito privado, lo que genera incomodidad porque permanecen aisladas, recluidas y sujetas al control de los demás, principalmente de los maridos. El malestar emocional crece cuando los hijos y las hijas dejan el hogar, tal como se describe en la siguiente nota: «Camino a su hogar, ella [una participante] nos comenta que a veces la casa se hace grande donde sólo está ella con su esposo sin hijos, y que vivir en distancias alejadas es un problema en invierno».

Las mujeres rurales se enfrentan a la experiencia de la soledad que se alimenta de la salida de los hijos del hogar, del escaso apoyo y reconocimiento que la pareja les otorga, de las mínimas oportunidades que tienen para sociali-

zar fuera de casa y de la distancia geográfica que las separa de sus familias de origen de quienes se alejaron cuando emigraron al campo. La siguiente nota alude la experiencia de soledad:

[Dos participantes] comienzan a contarme que para visitarse ellas deben caminar grandes distancias. Ambas me comentan que se encuentran solas, que no saben cómo no han caído en depresión durante este tiempo, ya que sus familias son de lugares lejanos.

Al final, el hecho de ser una mujer-madre, migrante y rural, genera cansancio asociado a la rutina en la cual las mujeres se visualizan sin oportunidades para descansar porque deben cumplir con sus múltiples deberes diarios.

Controladas y sujetas a las normas de género

La información obtenida muestra que las mujeres se encuentran sujetas a las normas de género tradicionales, no sólo porque ellas se definen a sí mismas a partir de su rol de madres, sino porque en su cultura continúan vigentes las relaciones inequitativas de poder entre hombres y mujeres, lo que se evidencia cuando ellas quieren involucrarse en la iniciativa productiva; en estos casos, los maridos con frecuencia sospechan de estas actividades pensando que las reuniones de capacitación sólo sirven para que las mujeres pierdan el tiempo y descuiden el hogar. Esto se observó en diversos momentos de la investigación, uno de ellos cuando se contactó por teléfono a la presidenta de un grupo de trabajo para confirmar la fecha y hora en la que se llevaría a cabo el taller de discusión; en esa ocasión, la participante preguntó si este tipo de talleres serían eventuales, porque a algunas los maridos les ponen problemas si salen varias veces a la semana.

Situaciones como ésta sugieren un control ejercido por los hombres en las comunidades rurales orientado a mantener a las mujeres dentro del ámbito privado, sin vínculos externos. Sin embargo, el control sobre las mujeres no sólo proviene del marido o pareja, sino también de las familias políticas, provocando en las participantes la experiencia de estar bajo su control, tal como se relata en la siguiente nota:

La señora Martha me comenta que vive rodeada de la familia de su esposo, dice que está cansada de ellos, yo le pregunto por qué, a lo cual ella

me señala que «se meten en todo, lo que hago, lo que no hago, y siempre me dejan mal delante de mi esposo».

En términos generales, las mujeres están inmersas en un ambiente cultural restrictivo respecto a sus posibilidades de acción, en el que el papel de los maridos y los familiares políticos se suma a la dificultad de superar las distancias geográficas, la separación con respecto a sus propias familias de origen y, eventualmente, la migración de los hijos e hijas a la ciudad. La complejidad de la experiencia de control se observa en la siguiente nota de campo: «[Una participante] vuelve a recalcar las dificultades que tiene de [...] reunirse en el Prodemu porque tiene dificultades con su esposo y además la familia de él quien la crítica por salir mucho de su hogar».

En este contexto, la experiencia de la soledad, el aislamiento y el estar bajo el control de terceros son claves para comprender la posición de desempoderamiento que viven las mujeres rurales, así como las condiciones previas a los procesos de resistencia que realizan en pro de un empoderamiento como género.

Empoderándose como socias y mujeres campesinas

Siguiendo a Hoinle, Rothfuss y Gotto (2013), las categorías fundamentadas en los datos se organizaron en tres momentos no necesariamente consecutivos, sino eventualmente paralelos de un proceso de empoderamiento que conduce a las mujeres rurales a cuestionar su condición como personas desempoderadas. Esos momentos fueron: *ejerciendo el poder del interior*, por medio de frustrarse y aceptarse al participar de las iniciativas productivas; *ejerciendo el poder con*, por medio de romper soledades, asumir el nuevo rol de socia productora y reconocerse como mujeres campesinas; y, *ejerciendo el poder para*, por medio de reconfigurar los manejos del poder.

Estos momentos señalan reconstrucciones de las relaciones de género, los modos y los grados de conciencia de la opresión, y de las posibilidades de acción como actoras sociales en tanto mujeres rurales. Asimismo, deben ser entendidos como posiciones contextuales, esto es, prácticas y discursos que tienen sentido en espacios situados geográfica y temporalmente y que, por ende, puede ocuparse o desocuparse sin que exista un patrón direccional que vaya del desempoderamiento al empoderamiento.

Por el contrario, ambos procesos, empoderamiento y desempoderamiento,

son experiencias que coexisten y que requieren ser comprendidos a partir de las paradojas que generan a las participantes del estudio, como se expondrá a continuación.

Ejerciendo el poder del interior: frustrándose y aceptándose al participar de las iniciativas productivas

Motivadas por la experiencia de soledad, el control ejercido sobre ellas y el cansancio de vivir en el campo por lo arduo de las labores que realizan, las mujeres se deciden a participar de los programas de desarrollo rural que promueven las iniciativas productivas de tipo asociativo. Esta participación les genera por un lado frustraciones, temores y dudas, pero por otro lado les aporta sentimientos de seguridad y satisfacción. Respecto de las frustraciones, se describe en la siguiente nota: «[Una participante] señala que es muy ansiosa y que eso le ha jugado en contra al trabajar con el telar, se frustra muy luego». Las mujeres dudan de sus capacidades y se frustran, sobre todo cuando están en el hogar donde trabajan sin la ayuda de los equipos profesionales ni de las compañeras.

No obstante los temores y las dudas, ellas entran en un proceso de participación que les exige tanto aprender los procedimientos del programa como las técnicas propias de su actividad productiva. Este aprendizaje va generando sentimientos de seguridad y satisfacción personal. Sobre este aspecto, la observación participante dio origen al siguiente relato:

[En una sesión de capacitación, las participantes] se observan muy felices y cómodas, además de que se percibe ánimo para iniciar la actividad [...] Da la sensación de que ellas sienten una proyección y seguridad con el trabajo que pueden realizar, básicamente porque realizan comentarios como «cuando nosotras podamos vender nuestros trabajos», o el hecho de que hablen de lo que pueden realizar en los próximos años.

De alguna manera, las mujeres experimentan ambos polos emocionales respecto a sí mismas durante sus emprendimientos. En uno u otro extremo, se trata de experiencias relacionadas con la dimensión personal del ejercicio del poder, o el poder del interior (Rowlands, 1997), en el sentido de que alude a la aceptación y el respeto que van teniendo hacia sí mismas, sus potencialidades y sus proyecciones. El desarrollo de estas actitudes es la base para que transiten hacia la aceptación y el respeto a las demás y, a partir de ahí, hacia la identificación mutua y el rompimiento de sus soledades.

Ejerciendo el poder con: rompiendo soledades, asumiendo el nuevo rol de socia productora y reconociéndose como mujeres campesinas

A partir del emprendimiento, una de las dimensiones más desarrolladas por las participantes es la que refiere al proceso de construcción de un posicionamiento como actoras sociales, es decir, al proceso de *ejercer el poder con* (Rowlands 1997). Son tres las categorías que dan cuenta de este momento, siendo éstas: rompiendo soledades, asumiendo el nuevo rol de socia productora y reconociéndose como mujeres campesinas.

Respecto de la primera categoría, las reuniones de capacitación, las giras técnicas, u otro tipo de jornadas de trabajo se convierten en espacios ideales para encontrarse con otras, reconocer sus diferencias y establecer sororidades. Las participantes observan diferencias entre ellas y entre sus grupos de trabajo en cuanto al nivel de participación, expectativas, formas de organización, trayectorias y logros. Surge un interés por compararse a sí mismas con otras y por comparar su grupo de trabajo en relación a otros grupos. Sobre estos aspectos, la observadora participante describe:

[En el encuentro] se dialogó de diferentes cosas, como por ejemplo la etapa en que iban ellas [como grupo de trabajo] en comparación con otro grupo de otro lugar [...] Se comentó también sobre un desfile que realizaron las señoras de Villarrica [de otro grupo] dando a conocer sus creaciones.

Las actividades del emprendimiento se convierten en ocasión para compartir experiencias, brindarse apoyo mutuo, socializar, dialogar sobre situaciones comunes y construir expectativas sobre sus iniciativas productivas. Socializar se constituye en un motivador fundamental para la continuación del trabajo y el punto de partida desde el cual construir un proceso de posicionamiento como actoras sociales.

En relación a esto último, durante los emprendimientos las participantes van asumiendo el rol de socias productoras, tal como dice Sofía: «Nosotras somos las tres socias que vinimos, somos nueve que estamos agrupadas [en un grupo de trabajo]. Vamos a trabajar con abejas». Este testimonio permite observar cómo la mujer asume su nuevo rol como «socia productora» a partir de procesos de identificación mutua con otras participantes.

Asimismo, las mujeres otorgan significados comunes a su rol como *socias productoras*. Por un lado, condicionan el desempeño de este rol a su otro rol

como madres. Al respecto, describe una de las observadoras: « [Una participante] señala que no le importa que lo que producen no se comercialice, pero el hecho de hacerte cosas para tu hogar es algo bonito». En este sentido, las mujeres consideran que sus actividades productivas aportan al funcionamiento familiar, ya sea porque incrementan los ingresos, o porque les brindan nuevas competencias para llevar a cabo sus tareas domésticas. Por otro lado, de forma paralela ellas van construyendo nuevos significados acerca de sí mismas y sus nuevos roles. Comienzan a valorar sus iniciativas personales y el éxito económico a la vez que experimentan un sentimiento de mayor libertad personal.

El sentimiento de libertad personal se observa en la construcción de sororidades y reconfiguraciones de identidades que generan gratificación personal, pero también colectiva. Las mujeres comienzan a reconocerse mutuamente y posicionarse como *mujeres campesinas*, actoras sociales que tienen conciencia de la desvalorización de las actividades que como mujeres desempeñan en sus hogares y en las tareas del cuidado y producción del campo. Al respecto, se registra en la siguiente nota la reacción de las mujeres cuando se les invita a ser parte de la investigación: «[Una participante] dice: ‘Me interesa [participar] para valorizarnos como mujer’ [...] Varias otras afirman que el trabajo de la artesanía es un trabajo mal pagado si se considera la inversión de tiempo que conlleva». Es decir, no sólo las mujeres se sienten mejor en lo personal por medio del fortalecimiento de la aceptación y el respeto hacia sí mismas, sino que ahora también observan situaciones comunes de opresión a partir de las cuales pueden posicionarse como actoras sociales; en el caso del testimonio anterior como mujeres, y en el caso de Isabel, otra participante del taller, desde un «*nosotras* como mujeres campesinas».

La construcción de estas nuevas identidades como socias productoras y mujeres campesinas tiene sentido si se considera que el programa del que participan tiene entre sus objetivos intencionar la toma de conciencia de género, a la vez que agrupa a las mujeres en tanto mujeres campesinas. Esta identidad otorga a las participantes un lugar desde el cual reconfigurarse a sí mismas como sujetos, enfrentando la soledad y el cansancio que experimentan en el campo. La identidad como mujeres campesinas es compartida tanto por las mujeres no mapuche como por las mujeres mapuche que participan en los grupos estudiados. Estas últimas, a partir de sus identidades como mujeres rurales, comienzan a cuestionar las estructuras de género en sus comunidades indígenas. Al respecto, comenta Evelyn, participante mapuche: «Yo soy presidenta de una comunidad indígena. Igual uno trata de sacar adelante ese tema

[el de las mujeres] y la gente se da cuenta, dice: ‘las mujeres le ponemos más amor a las cosas’». Este testimonio expresa un posicionamiento desde el ser mujer campesina sobre el cual se articula la identidad de mujer indígena para cuestionar las desigualdades al interior de las comunidades mapuche.

Ejerciendo el poder para: reconfigurando los manejos del poder

El ingreso a una iniciativa productiva de tipo asociativo, sitúa a la mujer en un espacio que tensiona los manejos tradicionales del poder en el mundo rural. Como se mencionó antes, las mujeres comienzan a cuestionar las desigualdades que como mujeres campesinas comparten, lo que se traduce en la generación de demandas de reconocimiento. Surgen cuestionamientos tanto sobre los roles de madres y esposas, propios del ámbito privado, como sobre su escasa visibilidad como mujeres campesinas en los espacios públicos. Dos participantes del taller dialogan al respecto: «Una vez nos dijeron que no éramos dueñas de casa. Nosotras somos mujeres de casa porque dueña de casa suena como muy feo porque como que opaca mucho a las mujeres»; a lo que otra participante responde: «[Yo estoy] orgullosa de ser dueña de casa y lo mejor que me ha pasado en la vida ha sido ser mamá».

De alguna manera cada mujer transita por esta paradoja entre desempeñarse como madre, prácticamente reducida a lo doméstico, y desempeñarse como socia-productora y mujer campesina. La contradicción se maneja para las mujeres por un lado, manteniendo como pilar de su acción su rol como madres, pero por otro lado demandando mayor notoriedad como mujeres campesinas en el espacio público. Se puede decir que la condición de los roles de género en el ámbito rural expresa una hibridez basada en la prevalencia de los roles domésticos y en la producción de demandas de reconocimiento público para las mujeres, entre éstas, la de que haya más programas públicos dirigidos a las mujeres campesinas.

Finalmente, la construcción de demandas de reconocimiento, sobre todo en el ámbito público como mujeres campesinas, permite el ejercicio de un *poder para* (Rowlands, 1997), orientado a transformar las relaciones de opresión. El proceso es doble ya que, como se observó antes, una parte tiene lugar en el ámbito del hogar, pero otra en el ámbito público. Sobre este último se observó que aunque los programas se convierten en medios de participación y reconocimiento de las mujeres campesinas, surgen desencuentros entre ellos y las beneficiarias. En este sentido, aunque las mujeres campesinas tienen expectativas

respecto al éxito económico de su emprendimiento, por otro lado continúan con sus prácticas de autoconsumo y de ligazón con la tierra. Estas prácticas, e incluso la defensa y el mantenimiento de su rol de madres no remunerado, se constituyen en resistencias frente a un desarrollo orientado a la explotación de la tierra y la comercialización. «Lo que pasa es que una compañera dijo que ella salía al río y podía pescar peces y comer», expresa una participante, aludiendo con ello a la apuesta de las mujeres campesinas por el autoconsumo.

Discusión

La información producida permitió responder a las preguntas inicialmente planteadas, referentes a si la participación asociativa en iniciativas productivas produce procesos de toma de conciencia respecto de la subordinación de género en las mujeres participantes y si se promueven cambios que favorezcan relaciones más equitativas. Los hallazgos son, sin embargo, limitados a los grupos de trabajo estudiados, formados por mujeres que se encuentran conectadas con las instituciones y programas públicos de desarrollo rural y que, siendo mujeres mapuche o no mapuche, se posicionan como mujeres y emprendedoras.

Los hallazgos son concordantes con la literatura sobre empoderamiento en el sentido que muestran que éste no constituye un proceso unidireccional con puntos de llegada predeterminados (Hoinle, Rothfuss y Gotto, 2013). Por el contrario, la posición social, económica y cultural de las participantes del estudio configura múltiples y paradójicos momentos de desempoderamiento y empoderamiento que coexisten, se suceden o se superponen entre sí. Así, cada participante se sitúa en su lugar de madre, lo mismo que cuestiona la subordinación de género y demanda al Estado mayores oportunidades de participación. En suma, se trata de procesos de reconstrucción de subjetividades y ciudadanías rurales que en el caso de las organizaciones de mujeres campesinas genera una demanda de mayores espacios de incidencia en temáticas como empleabilidad, políticas agrarias, soberanía alimentaria y derechos étnicos y culturales (Wilson y Valdés, 2013).

Tratándose de mujeres rurales, vale destacar la dimensión espacial del empoderamiento para dar cuenta de sus procesos de visibilidad en el espacio público y sus luchas por enfrentar las limitaciones que las distancias geográficas imponen a los residentes del campo (Hoile, Rothfuss y Gotto, 2013). De acuerdo con los hallazgos, la dimensión espacial, en la medida que alude a la

distinción público y privado, constituye el eje de tensión de los procesos de empoderamiento de las mujeres. Por un lado, ellas se encuentran bajo el control de terceros, lo que las mantiene en condiciones de subordinación, recluidas en el ámbito privado y sin vínculos significativos con el exterior. Por otro, surgen tensiones cuando ingresan al mundo público asumiendo el rol de socias y mujeres campesinas, a la vez que la significación de estos roles se mediatiza por los papeles de madres y esposas.

Las tensiones entre los ámbitos público y privado que están en la base de las luchas y subordinaciones de las mujeres rurales obliga a repensar las distinciones entre ambos espacios. Las participantes muestran marcado interés por compararse entre sí y visibilizarse en lo público, lo que recuerda la definición de Amorós (1995) de este espacio como aquel donde tiene lugar el reconocimiento. No obstante, la acción de las mujeres no se entiende solamente como un transitar desde lo privado a lo público, ya que con frecuencia los límites entre ambos ámbitos son borrosos. En este sentido, el emprendimiento traslada lo productivo al hogar, por ejemplo, cuando las mujeres llevan trabajo a casa; y, de igual modo, lo privado se lleva a lo público cuando ellas se desempeñan en actividades productivas que son extensión de sus roles tradicionales, por ejemplo, como tejedoras. Se tensionan las distinciones entre lo público y lo privado y se generan espacios intermedios que vinculan lo productivo a lo reproductivo y cuestionan la moderna división sexual del trabajo (Hoinle, Rothfuss y Gotto, 2013).

Referente al papel del empoderamiento económico y su relación con el empoderamiento en otros ámbitos de la vida, los hallazgos reportados dan cuenta de que las participantes se involucran en procesos de reflexión como mujeres que se ven potenciados por los nuevos intereses que desarrollan como socias y productoras, entre ellos, la ganancia monetaria. No obstante, independientemente del énfasis que las mujeres le dan a lo propiamente económico, para ellas los procesos de socialización y reconocimiento como mujeres rurales tienen valor por sí mismos. En este sentido, los hallazgos invitan a reflexionar sobre la complejidad de las relaciones entre las ganancias económicas y el empoderamiento personal, ya que si bien puede haber ocasiones en las que la búsqueda de las ganancias económicas pudiera obstaculizar los procesos de empoderamiento, como pareció suceder en las experiencias analizadas por Riaño Marín y Okali (2008), también es posible pensar que el desarrollo personal y social se constituyen en opciones por sí mismas valiosas para las mujeres participantes de los programas de emprendimiento.

En cuanto al aporte de estos hallazgos a las políticas públicas orientadas a mujeres rurales, se observa la necesidad de valorar la brecha entre los objetivos que se plantean dichas intervenciones y las expectativas y necesidades de las mujeres. Estas últimas están mediadas por particularidades personales y familiares, así como por las características de sus entornos socioculturales, lo que hace que eventualmente el autoconsumo como interés primordial de las madres rurales se oponga a la política pública orientada más bien a integrar la producción agrícola campesina a los mercados regionales e idealmente nacionales e internacionales (Instituto de Desarrollo Agropecuario, 2014).

Finalmente, se resalta el ejercicio de triangulación metodológica que permitió por el lado de la observación obtener información de calidad respecto a los procesos menos visibles de la vida de las participantes, principalmente aquellos referidos a sus condiciones de subordinación. Por el contrario, el taller de discusión como dispositivo de conversación en un ámbito semipúblico, proporcionó información privilegiada respecto a los posicionamientos colectivos como socias productoras y mujeres campesinas. La posición ética y epistemológica del estudio implicó también la elección de la teoría fundamentada con enfoque constructivista, lo que llevó al equipo investigador a co-construir el conocimiento con las participantes del estudio, asumiendo sus posiciones subjetivas durante la investigación (Coe, 2010). Como limitación de este artículo se menciona que aún deben explorarse las categorías construidas a partir de los datos obtenidos en esta primera fase de trabajo de campo en otros grupos compuestos sólo por mujeres indígenas, otros sólo por mujeres no indígenas, y otros integrados por ambas.

Referencias

- Amorós, Celia (1995). «Feminismo de la igualdad y de la diferencia». En Alma Rosa Sánchez Olvera (editora), *El feminismo en la construcción de la ciudadanía de las mujeres en México* (pp. 1-36). México: PUEG/UNAM. Disponible en http://genero.ife.org.mx/docs_marco/05_FeminismoyConstruccionCiudadaniaMujeresMex.pdf.
- Araneda Valdés, Aladino (2006). «La triangulación como técnica de cientificidad en investigación cualitativa pedagógica y educacional». *REXE. Revista de Estudios y Experiencias en Educación*, 5 (10): 11-37.
- Bengoá, José (2003). «25 años de estudios rurales». *Sociologías*, 5: 36-98. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86819564004>.

- Castilla, Florencia (2012). «Hacia el medio rural con perspectiva de género. La equidad de género es una dimensión intrínseca del desarrollo humano equitativo y sustentable. Desafíos para pensar su inclusión en las políticas de la Argentina y la región». *RIA. Revista de Investigaciones Agropecuarias*, 38 (3): 225-230. Disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S166923142012000300004&lng=es&nrm=iso.
- Calatrava, Javier (2002). «Mujer y desarrollo rural en la globalización: De los proyectos asistenciales a la planificación de género». *Revistas ICE*, 803: 73-90. Disponible en <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=292785>.
- Charmaz, Kathy (2006). *Constructing Grounded Theory*. Londres: Sage.
- Cruz, Fatima (2009). Empoderamiento y participación social de las mujeres en el medio rural. Fundación de Estudios Rurales y UPA. Disponible en http://www.upa.es/anuario_2009/pag_110-115_fatimacruz.pdf.
- Coe, Anna-Britt (2010). *How Social Movements Influence Policies: Advocacy, Framing, Emotions and Outcomes among Reproductive Rights Coalitions in Peru*. Tesis de Doctorado, Departamento de Sociología, Umeå University.
- Dahlgren, Lars, María Emmelin y Ana Winkvist (2007). *Qualitative Methodology for International Public Health*. Umeå: Umeå University.
- Deere, Carmen y Magdalena León (2000). *Género, propiedad y empoderamiento*. Bogotá: TM Editores.
- Espinosa, Yuderlys (2009). «Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos Latinoamericanos: Complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional». *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 18 (33): 37-54. Disponible en <http://www.scielo.org.ve/pdf/rvem/v14n33/arto3>.
- Esterman, Josef (2014). «Colonialidad, descolonización e interculturalidad. Apuntes desde la Filosofía Intercultural». *Polis. Revista Latinoamericana*, 13 (38): 347-368. Disponible en http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-65682014000200016&script=sci_arttext.
- FawazYissi, Julia y Paula Soto Villagrán (2012). «Mujer, trabajo y familia. Tensiones, rupturas y continuidades en sectores rurales de Chile central». *Revista de Estudios de Género. La Ventana*, 4 (35): 218-254. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=88424573009>.
- Ghiso, Alfredo (1999). «Acercamientos: el taller en procesos de investigación interactivos». *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 5 (9), 141-153.

- Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/316/31600907.pdf>.
- Grajales, Sergio y Luciano Concheiro (2009). «Nueva ruralidad y desarrollo territorial. Una perspectiva desde los sujetos sociales». *Veredas Revista de Pensamiento Sociológico*, 18: 145-167. Disponible en http://bidi.xoc.uam.mx/resumen_articulo.php?id=5905&archivo=12-396-5905lqt.pdf&titulo_articulo=Nueva%20ruralidad%20y%20desarrollo%20territorial.%20Una%20perspectiva%20desde%20los%20sujetos%20sociales.
- Hoinle, Birgit, Rainer Rothfuss y Damaris Gotto (2013). «Empoderamiento espacial de las mujeres mediante la economía solidaria». *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 10 (72): 117-139. Disponible en <http://www.scielo.org.co/pdf/cudr/v10n72/v10n72a07.pdf>.
- Instituto de Desarrollo Agropecuario y Fundación para la Promoción y Desarrollo de la Mujer (2016). Programa de Formación y Capacitación para Mujeres Campesinas. Orientaciones Programáticas 2016. Informe interno (Documento de Trabajo).
- Instituto de Desarrollo Agropecuario. (2014). Lineamientos estratégicos 2014-2018. Por un Chile rural inclusivo. Indap Disponible en <http://www.indap.gob.cl/docs/default-source/Lineamientos-Estrat%C3%A9gicos/lineamientos-estrategicos-2014-2018-vf.pdf?sfvrsn=0>.
- Instituto de Desarrollo Agropecuario (2015). ¿Quiénes somos? Santiago: Instituto de Desarrollo Agropecuario. Disponible en www.indap.gob.cl/que-es-indap#qei-mision.
- Kay, Cristobal (2009). «Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad?». *Revista Mexicana de Sociología*, 71 (4): 607-645. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32113274001>.
- Kelle, Udo (2005). «¿Hacer ‘emerger’ o ‘forzar’ los datos empíricos? Un problema crucial de la teoría teoría fundamentada reconsiderada». *Forum Qualitative Social Research*, 6 (2). Disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0114-fqs0502275>.
- Lagarde, Marcela (1994). Identidad femenina. En *Género e identidad* (pp. 1-10). Quito: Editorial Fudeteco. Disponible en <http://xenero.webs.uvigo.es/profesorado/purificacion_mayobre/identidad.pdf>.
- Lamas, Marta (1986). «La antropología feminista y la categoría género». *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, 8 (30): 173-198. Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/159/15903009.pdf>.
- León, Magdalena (1996). «Mujer, género y desarrollo. Concepciones, ins-

- tituciones y debates en América Latina». En L. Guzmán Stein y G. Pacheco Oreamuno (comp.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos IV* (p. 187- 218). San José de Costa Rica: Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- Lombardo, Emanuela y Verloo, Mieke (2010). «La ‘interseccionalidad’ del género con otras desigualdades en la política de la Unión Europea». *Revista Española de Ciencia Política*, 23: 11-30. Disponible en http://www.urv.cat/media/upload/arxiu/igualtat/JeanMonnet/2012/lombardo_verloo.pdf.
- Méndez Sastoque, Marlon Javier (2012). «El neorruralismo como práctica configurante de dinámicas sociales alternativas: un estudio de caso». *Luna Azul*, 34: 113-130. Disponible en <http://www.scielo.org.co/pdf/luaz/n34/n34a08.pdf>.
- Molyneux, Maxine (2003). *Movimiento de mujeres en América Latina. Estudios teóricos comparados*. Madrid: Cátedra.
- Montecino, Sonia (2013). «Casa y calle como engranajes de las construcciones de género y envés de lo público y privado». En Ana María Stiven y Joaquín Fermandois (editores), *Historia de las Mujeres en Chile. Tomo 2* (pp. 545-568). Santiago: Taurus.
- Naciones Unidas (2015). Objetivos de Desarrollo del Milenio. Informe 2015. Disponible en http://www.un.org/es/millenniumgoals/pdf/2015/mdg-report-2015_spanish.pdf.
- Namdar-Irani, Mina (2014). Mujer agrícola y políticas públicas en Chile. Informe Final. Qualitas Agroconsultores. Disponible en http://www.odepa.cl/wp-content/files_mf/1415628372MINAGRIFAOMujerAgricolaInforme14Enero2014.pdf.
- Osorio, Carmen (2011). «La emergencia de género en la nueva ruralidad». *Revista Punto Género*, 1: 153-169. Doi: 10.5354/0719-0417.2011.16851.
- Pick, Susan, Jenna Sirkin, Isaac Ortega, Pavel Osorio Rocío Martínez, Ulises Xocolotzin y Martha Givaudan (2007). «Escala para medir agencia personal y empoderamiento (ESAGE)». *Interamerican Journal of Psychology*, 41 (3): 295-304. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28441304>
<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28441304>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (2008). El fomento de la capacidad: Empoderamiento de las personas y las Instituciones. Informe anual.
- Riño Marín, Rosa Elena y Christine Okali (2008). «Empoderamiento de las mujeres a través de su participación en proyectos productivos: Experiencias

- no exitosas». *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 15 (46): 119-141. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10504606>.
- Rowlands, Jo (1997). *Questioning Empowerment. Working with Women in Honduras*. Oxford: Oxfam Print Unit.
- Rubin, Gayle (1986). «El tráfico de mujeres: Notas sobre la *Economía política del sexo*». *Revista Nueva Antropología* (Universidad Nacional Autónoma de México), 8 (30): 95-145. Disponible en <http://www.redalyc.org/pdf/159/15903007.pdf>.
- Sánchez-Muros Lozano, Sonsoles Patricia y María Luisa Jiménez Rodrigo (2013). «Mujeres rurales y participación social: Análisis del asociacionismo femenino en la provincia de Granada (España)». *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 10 (72): 223-242. Disponible en http://digibug.ugr.es/bitstream/10481/32367/1/SanchezMuros_MujresRurales.pdf.
- Scott, Joan (2008). *Género e historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Servicio Nacional de la Mujer (2000). *Plan de Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres (2000-2010)*. Disponible en [http://www.intendenciaaraucania.gov.cl/filesapp/plan_igualdad de Oportunidades.pdf](http://www.intendenciaaraucania.gov.cl/filesapp/plan_igualdad_de_Oportunidades.pdf)http://www.intendenciaaraucania.gov.cl/filesapp/plan_igualdad%20de%20Oportunidades.pdf.
- Soto Villagrán, Paula, Julia FawazYissi y Rosana Vallejos (2013). Género, familia y trabajo. Discursos y prácticas de empoderamiento de mujeres rurales. Acta Científica. XXIX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología 2013 (pp. 1-10). Santiago: FACSIO, Chile SocioRed, ALAS.
- Strauss, Anselm y Juliet Corbin (2002). *Bases de la investigación cualitativa. Técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada*. Colombia: Universidad de Antioquía.
- Umeå University (2011). OpenCode 4.0. Umeå, Suecia.
- Valdés, Ximena (1988). La feminización del mercado de trabajo agrícola en Chile Central. En *Mundo de mujer. Continuidad y cambio*. Santiago: Ediciones CEM.
- . (2013). «Inquilinas, alfareras, parteras, dueñas de casa, temporeras: Oficios y trabajos de mujeres rurales». En A. Stuvén y J. Fernandois (editores), *Historia de las Mujeres en Chile. Tomo 2* (pp. 199-240). Santiago: Taurus.
- Viveros, Gustavo (2010). «Desarrollo rural en Chile: Una re-lectura desde sus dispositivos discursivos». *Contracorriente*, 8 (1): 1-21. Disponible en www.ncsu.edu/project/contracorriente.

Wilson, Angélica y Ximena Valdés (2013). Políticas y experiencias territoriales relevantes para el empoderamiento de las mujeres rurales en Chile. Un análisis desde el enfoque territorial. Santiago: ONU Mujeres, CEPAL, FAO, CEDEM y RIMISP.

Sobre las autoras

GLORIA MIRYAM MORA GUERRERO es psicóloga, Magíster en Psicología Comunitaria y Doctora en Estudios Americanos con mención en Pensamiento y Cultura. Actualmente es académica de la Carrera de Psicología de la Universidad Católica de Temuco. Su correo electrónico es gmora@uct.cl

MARÍA CECILIA FERNÁNDEZ DARRAZ es trabajadora social y Doctora en Ciencias Humanas con mención Discurso y Cultura. Actualmente es investigadora del Observatorio Regional de la Universidad Católica de Temuco. Su correo electrónico es maria.fernandez@uct.cl

SOFÍA VICTORIA ORTEGA OLIVETTI actualmente es estudiante de la Carrera de Sociología de la Universidad Diego Portales. Su correo electrónico es sofia.ortega@mail.udp.cl.

Este artículo se inscribe en un proyecto de investigación financiado por la Dirección General de Investigación y Postgrado de la Universidad Católica de Temuco, Proyecto DGIPUCT 2015PF-GM-05, titulado «Género, políticas públicas de desarrollo rural y políticas culturales de reconocimiento. Una aproximación a la dinámica cultural en espacios de interfaz social en la IX Región».